

La Hija Fantasma - Blanca F. de la Fuente

Blanca

Image not found.

Capítulo 1

La Hija Fantasma.

Sé, al fin, por qué mi madre no me compra un abrigo, aunque el invierno me congele la sangre. Ni zapatos nuevos. Por qué sólo puedo llevar ropa desechada por otros, por qué sólo me alimentan con las sobras que no quiere nadie, por qué nunca me llevan al médico cuando me pongo enferma.

Ni siquiera se me permite reposar en la cama, o usar un pañuelo para sonarme la nariz cuando tengo catarro, como al resto de la familia.

No es en absoluto porque yo sea una hija ilegítima, o porque mi madre no quisiera tener tantos hijos y decidiera que alguno de ellos tenía que ser el que está de más. Y me eligiera a mí. No.

Es por algo más simple. Es porque mi existencia sólo es pura ilusión. Porque apenas existo, sino es como una sombra.

Por eso no me cuidan: es que nadie me ve. Excepto cuando alguno de mis hermanos decide entretenerse, y busca alguien a quien torturar. Alguien que no cuenta. O cuando mi madre siente urgencia por vengarse de mi padre, que nunca la escucha, según dice, ni la ayuda ni la alivia del peso de sus tareas infinitas.

No se me ve, excepto cuando alguien debe ser castigado por cualquier cosa, y necesitan echarle la culpa a quien sufra menos dolor. O bien, cuyo dolor no tenga importancia para ningún otro puesto que, al fin y al cabo, no es sino una sombra.

Cuando a mis hermanas les despierta de noche la congoja, alguien viene y les dedica unas palabras tranquilizadoras hasta que vuelven a dormir. Mi madre, incluso, le canta aún canciones de cuna a los más pequeños, si alguna vez le pillan de buen humor al caer la tarde.

Y, no obstante, nadie encuentra un momento para mí cuando el frío, o el hambre, me impiden conciliar el sueño. O cuando despierto aterrorizada por el pulso amenazante de la propia oscuridad. Mi hermana mayor me dice solamente que calle, susurrando ásperamente. Y me golpearía en la cara hasta hacerme perder el sentido, si no la obedeciera.

Y al final es la desesperación, más que la queja de un estómago desocupado, e incluso más que el mismo miedo, lo que logra ponerme a dormir.

Pero nunca se hace sencillo bucear en la tiniebla de esos largos instantes, horas tal vez incluso, de terror. A menudo me cuesta respirar. Tan pronto dejo caer la cabeza sobre la almohada, me estremecen los sobresaltados chasquidos, como golpes de piedras negras resonando desde el fondo de un pozo, de mi corazón.

Y no es porque me inquiete demasiado mi absoluta inexistencia. Sino el seguir aún aquí, atrapada entre dos mundos, incapaz de huir allá donde yo pertenezca. Sea el lugar que fuere. Porque, pese a una cruel pulmonía mal curada, pese a los chichones y a los morados que deja la zapatilla de mi madre, probando su flexible contundencia sobre mi lomo. Pese a la desnutrición, o a los dientes y garras del invierno, nunca consigo yo morirme del todo.